

ILJA LEONARD PFEIJFFER

GRAND HOTEL
EUROPA

TRADUCCIÓN DEL NEERLANDÉS
DE GONZALO FERNÁNDEZ GÓMEZ

BARCELONA 2021



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Grand Hotel Europa*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2018 by Ilja Leonard Pfeijffer. Publicado por
De Arbeiderspers, Ámsterdam
© de la traducción, 2021 by Gonzalo Fernández Gómez
© de la ilustración de la cubierta, by Stephan Vanfleteren
© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda
del Dutch Foundation for Literature

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

ISBN: 978-84-18370-52-6

DEPÓSITO LEGAL: B. 12 676-2021

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

I.	El plan	7
II.	La plaza de la solemne promesa	18
III.	El despertar de la ninfa acuática	27
IV.	Hija de la memoria	41
V.	Un cisne en modo discoteca	80
VI.	La ciudad náufraga	91
VII.	Talento para la decadencia	136
VIII.	El misterio maltés	154
IX.	Nuevos huéspedes	200
X.	El <i>panchayat</i> de Muzaffargarh	216
XI.	Peces carnívoros	254
XII.	La ciudad de las mil estatuas	277
XIII.	Zapatos porno con piel de gato	320
XIV.	La redención del paraíso de la Nutella	345
XV.	Intertextualidad	375
XVI.	Golpe de gracia al pueblo moribundo	399
XVII.	El tulipán roto	460
XVIII.	Simulacro de incendio	487
XIX.	La decapitación de san Sebastián	499
XX.	El patio de recreo del mundo	524
XXI.	Abdicación en un restaurante de carretera	540
XXII.	Un escondite inadecuado	554
XXIII.	Los tesoros del naufragio de <i>El Increíble</i>	563
XXIV.	El concierto	590
XXV.	Arena en las estrellas	611
XXVI.	El sepelio de Europa	638

A Stella.

EL PLAN

La primera persona con quien hablé en mucho tiempo, más allá de las escasas formalidades que intercambié al principio y al final del viaje con el arisco taxista que me trajo hasta aquí, fue un joven muy delgado de tez oscura ataviado con el nostálgico uniforme rojo de un botones de otra época. Ya lo había visto a lo lejos cuando el taxi, haciendo crujir la grava de la larga avenida de acceso flanqueado por dos hileras de plátanos, se aproximaba al punto final de mi trayecto. Estaba fumando sentado en la escalinata de mármol de un majestuoso edificio con una galería de columnas corintias y una amplia entrada coronada por el nombre del establecimiento moldeado en grandes letras doradas: Grand Hotel Europa. Al verme llegar, se levantó solícito para ayudarme con el equipaje, pero, como me daba apuro interrumpir su momento de descanso y, además, era la verdad, le dije, mientras el taxi daba la vuelta sobre la grava, que mi equipaje podía esperar y que, después de un viaje tan largo, a mí también me apetecía un cigarrillo. Saqué mi paquete de Gauloises Brunet sin filtro, le ofrecí uno y le di fuego con mi Zippo Solid Brass. Su gorra, una especie de quepis sin visera, llevaba el nombre del hotel bordado con hilo dorado.

Nos sentamos juntos en la fastuosa escalinata exterior del otrora esplendoroso hotel donde me había propuesto instalarme una temporada y, tras un par de minutos fumando en silencio, me dirigió por primera vez la palabra.

—Disculpe que no sea capaz de reprimir mi curiosidad, pero ¿puedo preguntarle de dónde viene?

Eché el humo en dirección al largo camino de acceso, al

fondo del cual, donde terminaba el terreno del hotel y empezaba el bosque, aún se veía la nube de polvo que había dejado el taxi de recuerdo.

—Esa pregunta admite distintas respuestas.

—En ese caso, me gustaría mucho oír las todas. Pero si eso fuera abusar de su tiempo, tal vez podría ofrecerme al menos la respuesta más sugerente.

—Si he venido a este hotel es precisamente porque espero encontrar el tiempo necesario para hallar respuestas.

—Siendo así, le ruego que me disculpe por haberlo importunado. El señor Montebello siempre dice que mi curiosidad puede molestar a los huéspedes. Debo aprender a dominarme.

—¿Quién es el señor Montebello?

—Mi jefe.

—¿El conserje?

—Él odia esa palabra, aunque le gusta su etimología. Según me ha explicado, viene de *comte des cierges*, el ‘conde de las velas’. Casi todo lo que sé me lo ha enseñado él. El señor Montebello es como un padre para mí.

—Entonces, ¿cómo le gusta que lo llamen?

—Oficialmente es el *maitre d'hôtel*, pero él prefiere el título de mayordomo, porque está formado a partir de *domus*, que significa ‘hogar’ en latín, y su principal tarea, según él, es encargarse de que los huéspedes no echen de menos el hogar que han dejado para venir aquí.

—Venecia—dije.

Al pronunciar el nombre de esa ciudad cayó en mi pantalón un poco de ceniza de mi cigarrillo. Él también se dio cuenta y, antes de que me diera tiempo a protestar, ya se había quitado los guantes blancos de su uniforme y se había puesto a eliminar la ceniza de mi pernera con la mayor delicadeza. Tenía manos muy delgadas de piel tostada.

Le di las gracias.

—¿Qué es Venecia?—preguntó.

—El hogar que he dejado para venir aquí y la respuesta más sugerente a tu primera pregunta.

—¿Y cómo es Venecia?

—¿No has estado nunca en Venecia?

—Yo nunca he estado en ningún sitio. Sólo aquí. Por eso he desarrollado el mal hábito de importunar a nuestros huéspedes con mi curiosidad, que es justo lo que me reprocha el señor Montebello. Pero le aseguro que no quiero molestar a nadie. Lo único que hago es tratar de ver un poco de mundo a través de las historias que me cuentan.

—¿Y cuál fue el hogar que dejaste tú para venir aquí?

—El desierto. Pero el señor Montebello me ha ayudado a olvidarlo, y le estoy muy agradecido por ello.

Recorrí con la mirada el terreno del hotel. La hiedra trepaba por las columnas de la galería. Una de las grandes jardinerías de piedra con exuberantes buganvillas tenía una profunda grieta. En la gravilla medraban las malas hierbas. El lugar transmitía una gran serenidad. Aunque tal vez no fuera ésa la palabra. Lo que allí se respiraba era más bien un aire de resignación. Sí, lo sensato era aceptar el paso del tiempo y el carácter transitorio de todas las cosas.

—Venecia es mi pasado—dije—. Y espero que el señor Montebello también me ayude a olvidarlo.

Apagué el cigarrillo en la maceta que habíamos utilizado como cenicero. Él hizo lo mismo y se puso en pie inmediatamente para ocuparse de mi equipaje.

—Gracias por la compañía—le dije—. ¿Puedo preguntarte cómo te llamas?

—Abdul.

—Encantado de conocerte, Abdul. —Yo también me presenté—. Vamos para dentro. Que empiece la función.

Aunque no hubiera estado avisado de la existencia del mayordomo, habría sido imposible no reconocerlo. Tan pronto como crucé el umbral de su bastión y santuario, vino hacia mí con el paso elegante de un bailarín y me dio la bienvenida con tantas muestras de cortesía, tantas reverencias y tantos arabescos lingüísticos, que no quedó lugar para la más mínima duda sobre la dedicación y el celo con que ejercía su profesión.

Se había tomado la molestia de memorizar mi nombre antes de mi llegada y me dio a entender de forma muy discreta que estaba informado del hecho de que soy escritor. Mientras me preguntaba con genuino interés si había llegado cansado del viaje, sacó de algún sitio un pequeño cepillo y me quitó una pelusa de la chaqueta, circunstancia que aprovechó para elogiar el corte de mi traje. Como si se sintiera responsable de todos los inconvenientes de la creación, se disculpó por la desconfianza que caracteriza a las relaciones humanas en el mundo moderno, motivo por el cual se veía obligado a observar ciertas formalidades relativas a mi registro, pero añadió que no había prisa alguna y que podíamos aplazar dicho trámite a otro momento más apropiado, cuando hubiera tenido ocasión de instalarme y reponer fuerzas.

Cuando le dije que todavía no sabía cuánto tiempo iba a quedarme, y que confiaba en que ese detalle no supusiera ningún problema, despejó mi inquietud con un elegante gesto de la mano y me aseguró que era un honor para el establecimiento y un placer para él poder contarme entre sus huéspedes, y que sólo podía esperar que la dicha fuera de larga duración. A continuación se inclinó hacia mí y, bajando el tono de voz, me dijo que no era su costumbre inmiscuirse en aquello que no le incumbía, pero que había observado, sin poderlo evitar, que el gemelo de mi manga izquierda no estaba bien cerrado, y que no se lo perdonaría si más tarde

se enteraba de que lo había perdido a causa de un exceso de discreción por su parte.

Me preguntó si podía mostrarme la *suite* que había reservado para mí. No le cabía ninguna duda de que la habitación sería de mi agrado, pero insistió en que, si había algo que no estuviera a mi gusto, él mismo se ocuparía personalmente de que se atendieran sin demora todos mis deseos. También me anunció que se había tomado la libertad de pedir que subieran a mi habitación un pequeño refrigerio de bienvenida.

—Sígame, si es tan amable—dijo.

El señor Montebello, mayordomo de Grand Hotel Europa, me precedió por el antevestíbulo, donde se encontraban la recepción y la garita del portero, y por las altas puertas de madera de roble que daban acceso al gran vestíbulo central, un amplio espacio con recias columnas de mármol dominado por una escalera monumental que conducía a los pisos superiores. Mi anfitrión se deslizaba sobre la moqueta como un patinador artístico. Cada pocos metros se volvía hacia mí para ofrecerme alguna explicación o comentarme alguna curiosidad, mientras seguía andando de espaldas con toda naturalidad, sin reducir el paso. Si no fuera porque de vez en cuando hacía una pequeña pirueta con la que me ofrecía el tiempo necesario para recuperar el terreno perdido, me habría costado seguir su ritmo. Detrás de nosotros venía Abdul con mi equipaje.

—Aquí, a la izquierda, tiene la biblioteca, y al fondo están la sala verde y el salón chino. En la otra ala están el *lounge*, la sala del desayuno y nuestro modesto restaurante, donde he reservado para usted una mesa con vistas a la pérgola y el jardín de rosas, o lo que queda de él. También se alcanza a ver el estanque, aunque la fuente, por desgracia, lleva unos años fuera de servicio. Pero le aseguro que nuestra cocinera hará todo lo posible para que sea usted indulgente con nosotros por esa deficiencia.

Del alto techo del vestíbulo colgaba una fabulosa y anti-*quísima* lámpara de araña.

—Una de nuestras joyas—dijo el mayordomo, a quien no se le escapaba ningún detalle, al observar que me fijaba en ella—. El problema es el mantenimiento. ¿Ha visto el retrato que hay encima de la chimenea? Habrá reconocido sin duda los nobles e inconfundibles rasgos de Niccolò Paganini. No seré yo quien le quite la razón si afirma que, desde un punto de vista técnico, la pintura no vale mucho. Es obra de un maestro menor, un pintor adocenado que pasó sin pena ni gloria por el mundo. Sin embargo, para nosotros tiene un valor especial, porque lo pintó aquí mismo cuando el gran maestro del violín se alojó en nuestro hotel durante un viaje rumbo a la gloria y los aplausos de las cortes de la vieja Europa, en el punto álgido de su carrera. Según cuenta la leyenda, él mismo insistió en ofrecer un concierto en este vestíbulo en agradecimiento por el excelente bistec *aux girolles* que le sirvieron en el restaurante. La dirección del hotel rebautizó el plato en su honor como bistec Paganini y, desde entonces, no ha faltado nunca en el menú de nuestro restaurante, que lo sigue sirviendo con orgullo. Sería difícil hacerle una sugerencia mejor para la cena de esta noche.

A la izquierda de la chimenea había una acuarela de pequeño formato y discreto mérito artístico de la plaza de San Marcos de Venecia. Tuve que hacer de tripas corazón para no venirme abajo. Estoy seguro de que el mayordomo se dio cuenta, pero no dijo nada, a pesar de que habría sido una ocasión inmejorable para citar a Virgilio. Dos animales mitológicos montaban guardia en la escalera monumental, sobre el primer balaustre de los pasamanos: una quimera a la izquierda y una esfinge a la derecha.

—Como ve, nuestros huéspedes pueden dormir tranquilos—dijo Montebello—. Para acceder a los pisos superiores hay que pasar entre la corporeización híbrida del terror y la gatita de apariencia inocente que plantea endiablados enigmas. Si me permite el atrevimiento de formular mi interpretación de diletante en el terreno del simbolismo, yo di-

ría que representan, respectivamente, la poco realista imagen que tiene el hombre de sí mismo y la naturaleza de la mujer. Uno de nuestros distinguidos huéspedes me dijo en una ocasión que, según él, el cometido de esos monstruos no es impedir que entren extraños, sino evitar que se marchen los huéspedes. Hace años que lo dijo, y todavía sigue aquí. Se llama Patelski. Ya tendrá ocasión de conocerlo. Vaticino que alguien como usted sabrá apreciar su compañía. Es un hombre muy docto, un auténtico erudito.

Al final del primer tramo de escaleras había un llamativo jarrón con flores de plástico.

—Sí, ya lo sé—dijo el mayordomo—. Era vana la esperanza de que le pasara desapercibido. Le ruego encarecidamente que tenga la generosidad de aceptar mis más humildes disculpas. Este elemento decorativo tan fuera de lugar es una de las trágicas consecuencias del entusiasmo renovador por el que se deja llevar el nuevo propietario.

—¿Ha cambiado de dueño el hotel?—pregunté.

—Grand Hotel Europa ha pasado recientemente a manos de un inversor chino. Todavía es demasiado pronto para emitir un juicio sobre el traspaso, pero el nuevo propietario, el señor Wang, ha insistido mucho en que su intención es devolverle al hotel su viejo esplendor, para lo cual harán mucha falta los medios financieros de los que parece disponer. Habrá observado que el hotel empieza a estar muy necesitado de mantenimiento. Lo cierto es que ya no tenemos tantos clientes como antes, pero el señor Wang también tiene planes muy ambiciosos en ese sentido. Su objetivo es la plena ocupación. En principio, yo diría que todo eso es muy positivo, y cuenta con mi aprobación. Pero este jarrón con flores de plástico, por el contrario, es una razón muy legítima para albergar dudas sobre su afinidad con nuestras tradiciones. En fin, no quiero aburrirlo con mis cuitas. Ya hemos llegado. Esta es la habitación 17, la *suite* que he preparado para usted. Lo único que debe saber es que la puerta de la terraza

no cierra bien. En caso de que se levantara un poco de viento, le recomiendo que ponga una silla delante. Y eso es todo por ahora. Ya me marchó. Tómese el tiempo que necesite para descansar del viaje y ponerse cómodo. Si le hiciera falta alguna cosa, no tiene más que tocar la campanilla que hay al lado de la puerta. Basta con tirar de la cuerda. Le deseo una feliz y agradable estancia en Grand Hotel Europa.

3

Perfecta. La habitación era perfecta. No porque fuera la habitación de hotel perfecta, sino precisamente porque no lo era. Allí no había intervenido un diseñador de interiores de esos que crean espacios eficientes pero fríos y anónimos. La decoración era el resultado del abrumador peso de la historia, que había ido dejando una cantidad desmesurada de abigarrados vestigios. Muebles y objetos decorativos de épocas muy distantes en el tiempo se miraban asombrados desde todos los rincones de la estancia.

En la antesala había un viejo sillón Chesterfield de cuero rojo junto a una butaca estilo Luis XV tapizada con un terciopelo rosa ya muy gastado estampado de flores, acompañada de un escabel más o menos del mismo color. Completaba el conjunto una elegante mesita de salón del siglo XVIII con primorosas tallas de madera. En una esquina, sobre una mesa rinconera más alta, había una enorme radio de baquelita con nombres de emisoras prebélicas en un dial metalizado. Con el transformador adecuado, es muy probable que todavía funcionara, aunque la música que saldría por el altavoz sería muy distinta a la de antaño. La alcoba estaba dominada por una inmensa cama adosada de difícil datación con cuatro columnas doradas de estilo egipcio y un baldaquino de damasco color burdeos con estrellas de hilo dorado. Imposible imaginar cuántos suspiros se habían exhala-

do y cuántos secretos se habían confesado bajo aquel firmamento de estrellas bordadas. En el cuarto de baño, provisto de un grandísimo espejo con marco dorado, habían instalado de mala gana una ducha moderna junto a una vieja bañera esmaltada con patas de bronce en forma de zarpas de león.

Por lo demás, la *suite* estaba llena de objetos que parecían haber llegado hasta allí arrastrados por la marea—entre los que había, por nombrar algunos, un montón de libros viejos, una campanita de cobre, un cenicero con forma de medio globo terráqueo sobre los hombros de Atlas, un cráneo de ratón, distintos instrumentos de escritura, un monóculo con su correspondiente estuche, una lechuga disecada, un cortapuros, una brújula, un birimbao, un títere javanés, un jarrón de azófar con plumas de pavo, un sifón o un monje de madera que resultó ser un cascanueces—, sin que estuviera claro si formaban parte de un único concepto decorativo o de multitud de ideas ejecutadas a medias a lo largo de la historia cuyos restos nadie se había molestado en quitar de en medio antes de empezar de nuevo, aunque también cabía imaginar que fueran trastos olvidados por los huéspedes que se habían alojado allí desde el principio de los tiempos, vestigios del pasado que las camareras se habían negado a retirar en razón del convencimiento filosófico de que la historia va dando forma al presente por acumulación aleatoria de sedimentos que no se pueden ni se deben tocar.

Asintiendo satisfecho, pasé las yemas de los dedos por las molduras de madera dorada de la pared y estudié el grosor de las tupidas cortinas de tono ocre. Y mientras retiraba la silla para abrir la puerta de la terraza con vistas al jardín de rosas—o lo que quedaba de él—y al estanque con la fuente averiada, pensé que ya habría tiempo para describir con todo detalle la habitación, pues aquél era un buen sitio para el objetivo que me había propuesto, por no decir perfecto, y no se me ocurría ninguna razón para no quedarme allí hasta que tuviera claro adónde quería ir.

El amplio y elegante escritorio de ébano, taraceado con finísimas incrustaciones de madera y acompañado por una silla sobria pero cómoda y robusta de los años treinta, ya había captado mi atención nada más entrar en la habitación. Antes de colgar en el armario mis trajes y mis camisas, celebré el ritual mediante el cual marcaba mi territorio de trabajo, convenientemente situado frente a la ventana, junto a la puerta de la terraza. A la izquierda apilé los cuadernos en blanco que he traído conmigo, con la pluma al lado y el tintero de mi marca favorita al alcance de la mano. A continuación saqué el MacBook de su funda, lo puse a la derecha y enchufé el cargador a la toma de corriente.

Porque no había venido a Grand Hotel Europa a sumergirme en la melancolía y ver pasar el tiempo en este decorado de gloria perdida y lujo venido a menos, ni era mi intención esperar en actitud pasiva a que cayeran sobre mí las ideas como pétalos que se desprenden de una flor ya marchita. Las ideas hay que ir a buscarlas, y eso requiere trabajo. Tenía que poner orden en los recuerdos que me estaban martirizando como un enjambre de avispas enloquecidas y me impedían pensar con claridad. Si de verdad quería olvidar Venecia y todo lo que había ocurrido allí, tenía que empezar por recordarlo todo con la mayor precisión posible. Quien no recuerda primero con detalle todo lo que quiere olvidar, corre el riesgo de olvidarse de olvidar ciertas cosas. Tenía que ponerlo todo por escrito, aunque era consciente de que la necesidad de relatar lo ocurrido suponía, como le dijo Eneas a Dido, renovar un dolor indecible. Pero no me quedaba otra. Registrarlo todo era la única forma de hacer borrón y cuenta nueva. Para saber adónde ir, hay que saber de dónde se viene, y para vislumbrar el futuro hay que tener una versión legible del pasado. Con una pluma en la mano pienso mejor. La tinta aclara las ideas. La única forma de recuperar el control sobre mis pensamientos era confiárselo todo al papel. Ése era el plan. Ésa era la

tarea que me había impuesto y la razón por la que vine a este lugar.

No tenía sentido aplazar el momento de empezar. Si las cosas quedan hechas cuando se hacen, más vale hacerlas cuanto antes. Al día siguiente, de buena mañana, me pondría manos a la obra.

Volví a la alcoba y me dejé caer sobre la decadente cama adoselada. El colchón amortiguó mi peso con esa elasticidad exagerada que sólo tienen las camas de hotel. ¿Por dónde podía empezar cuando me sentara a escribir al día siguiente? Lo más lógico era empezar por el principio. Miré las estrellas del firmamento color burdeos del baldaquino. Pero el principio podía esperar. Tal vez sería mejor empezar por el momento en que mis expectativas eran más elevadas. De la misma forma que la ejecución de mi plan había comenzado con mi llegada a Grand Hotel Europa, la reconstrucción de los hechos comenzaría con mi llegada a Venecia. Vi la ciudad naufraga ante mí, sentí el vaivén de las olas del pasado y me sumí en un profundo sueño.

LA PLAZA DE LA SOLEMNE PROMESA

I

A Venecia siempre se llega por primera vez. No importó que ya conociera la ciudad de otras muchas visitas. De poco sirvió mi familiaridad con Tiziano y Tintoretto, cuyos sonoros nombres dejaba caer rutinariamente en cualquier tertulia. A pesar de la estudiada indiferencia con que seguí leyendo el periódico cuando el tren de alta velocidad empezó a frenar al final del puente que une el distrito de Mestre con la ciudad vieja, y por más que me había propuesto afrontar mi llegada con sentido práctico y no dejarme embargar por emoción alguna hasta que estuviera bien instalado, cuando salí de la estación y vi la serenidad y el aparente candor con que se desplegaba ante mí el vulnerable cliché de fachadas color pastel a orillas de aguas verdes, tuve que detenerme un instante a tomar aliento.

Venecia me recibió con la sonrisa de una mujer que hubiera estado aguardando mi llegada. Los siglos de paciente espera asomada al balcón le habían dado una pátina de aplomo, sabiduría y belleza. Sus joyas tintinearón como campanillas cuando salió a mi encuentro para fundirse conmigo en un cálido y largamente anhelado abrazo que era tanto mi sino como mi destino. Todo tenía sentido por fin. Aquella mujer que reía ahora como una niña sabía lo que decía cuando hablaba de eternidad, y tenía vestidos de sobra para todas las fiestas que nos esperaban.

No hay nada como llegar a Venecia sabiendo que te espera allí la mujer a quien amas. Clío había ido por delante. Nos habíamos repartido las tareas. Mientras yo me encargaba de dejar limpios nuestros apartamentos para devolver las llaves

y resolver las últimas formalidades con los respectivos case-ros, ella se fue a Venecia para ir acondicionando nuestro nuevo hogar y recibir al camión de la mudanza. Aunque no es que tuviéramos muchas cosas. La mayor parte de los bultos eran los libros de Clío. Yo hacía de vez en cuando bromas fáciles al respecto. Le decía, por ejemplo, que en su profesión el saber sí ocupa lugar. O que la historia del arte es una disciplina de mucho peso. Antes de salir la llamé por teléfono. Todo había ido bien. Me dijo que ya había empezado a desembalar las cajas, que me esperaba con impaciencia y que me quería.

En algún lugar tras las seductoras fachadas de aquel vetusto mausoleo con forma de ciudad tenía que haber una calle llamada Nuova Sant'Agnese. Lo único que tenía que hacer era encontrarla. Allí me esperaba Clío con una camiseta vieja, un pantalón de chándal y, tal vez, una manchita de pintura en la nariz, como en esos anuncios de televisión en los que una joven pareja sonríe radiante de felicidad entre cajas de mudanza, a punto de empezar una vida juntos en una casa donde siempre brillará el sol. Luego, por la noche, se pondría un vestido de fiesta para salir a vivir aventuras conmigo por las plazas, callejas y canales de nuestra nueva ciudad, y juntos añadiríamos un rutilante capítulo a la opulenta historia que amenazaba con sepultar bajo su peso a la frágil isla, si es que no se la tragaba el mar antes.

2

Como no llevaba equipaje, puesto que todas mis cosas habían llegado en el camión de la mudanza, tenía pensado ir dando un paseo. La simple idea me resultaba estimulante. Había dispuesto de todo el viaje para consultar la ruta en el teléfono y memorizar el camino desde la estación hasta la calle Nuova Sant'Agnese. Era casi imposible perderse. En otras circunstancias, también me habría resultado estimulante la

idea de perderme por las calles de Venecia, pero aquel día prefería desplazarme con la mayor eficiencia posible y llegar cuanto antes a mi destino. Quería ver a Clío.

Subí las altas escaleras del ponte degli Scalzi como quien asciende a un altar mayor. Cruzar el Gran Canal es una misa solemne que antes de la construcción del puente nuevo sólo se podía celebrar en tres puntos de la ciudad. Reposé las manos en el barandal de mármol y me quedé un instante contemplando el ajeteo que había en el agua. Más que una barrera, aquello era una arteria vital de sangre verde azulada. El Gran Canal era un garabato en forma de S invertida trazado en el plano de la ciudad por un borracho que estalló en carcajadas de placer sádico cuando vio que su intervención había dejado la ciudad impracticable para los aristócratas que salían a pasear con zapatitos de raso. Al día siguiente, sin embargo, cuando se le pasó la resaca, se dio cuenta de que, muy en contra de su voluntad, había creado una magnífica y vistosa vía navegable que comunicaba todos los barrios de la ciudad y permitía trasladarse de un lugar a otro con placentera parsimonia, disfrutando de las vistas.

Sí, góndolas. También había góndolas, por supuesto, aunque todavía no estaba preparado mentalmente para ellas. Las góndolas siempre resultan más grandes, más negras y más auténticas que en las fotos. Bien pensado, era ridículo que todavía existieran semejantes embarcaciones en el siglo XXI, como aves acuáticas prehistóricas devueltas a la vida mediante algún que otro milagro de la ciencia para entretener a los turistas. Pero en Venecia no se puede hablar de anacronismos. En una ciudad donde todo son obstáculos para la productividad, la eficiencia y la utilidad, lo que es un anacronismo es la era moderna. El tiempo está allí anclado en la melancolía y la añoranza de un pasado glorioso del que sólo queda la sombra de un sueño.

Era muy tentador continuar recto por la calle Lunga, porque ésa era la dirección que debía seguir para llegar hasta el

lugar donde me esperaba Clío, pero la dirección que marca la brújula no dice gran cosa en una ciudad que no conduce a ningún sitio. En el mapa había visto que si me dejaba guiar por la intuición me enredaría en un laberinto de pequeños patios y jardines, como un toro que embiste contra un capote. En Venecia no se debe dar por supuesto que la ciudad se creó de acuerdo con un plan urbanístico racional y que las casas se construyeron en parcelas bien definidas sobre un entramado de calles trazado de forma sensata. Los aristócratas de siglos pasados llenaron la isla de palacios, y los huecos que iban quedando casualmente entre unos y otros fueron configurando la vía pública. Quien se desplaza por Venecia se ve obligado a dar continuamente rodeos entre las ostentosas muestras de amor a la ciudad que dejaron como legado los venecianos de otros tiempos.

En contra de lo que dictaba la lógica, al llegar al otro lado del puente tuve que retroceder por el Gran Canal para tomar a mano izquierda *fondamenta dei Tolentini*, que seguía el trazado del canal de la *Cazziola* e de *Ca' Rizzi*. La música de aquellos nombres me acompañaba por el camino. Pasé por delante de fachadas con virguerías de encaje talladas en mármol. En el agua se mecían los reflejos de los postes de amarre del canal. Todo lo que veía, por muchos siglos que llevara allí, causaba una impresión de extrema fragilidad, como si fueran fatamorganas que a la mínima perturbación en la superficie del agua se fragmentarían en infinidad de recuerdos inconexos repartidos en millones de fotos distintas.

Junto a la escalerita de casa de muñecas que conducía a la estrecha calle paralela al canal de la *Cazziola* e de *Ca' Rizzi*, había un gran letrero amarillo según el cual la plaza de San Marcos y el puente de Rialto se encontraban tanto en la dirección que acababa de tomar como en la dirección de la cual venía. Había ido a parar a una ciudad encantada donde origen y destino eran conceptos intercambiables. Mi corazón dio un saltito de alegría.

En circunstancias normales, la luz es como el aire, en el sentido de que uno sólo siente la urgencia de reflexionar sobre su importancia cuando se ve privado de ella. Pero allí la luz parecía un prodigio artesanal creado por el hombre para mayor esplendor de la arquitectura, como una lámina de pan de oro sobre una escultura o un barniz aplicado con mucho tiento al cuadro que la ciudad había pintado de sí misma. Aunque esas metáforas son demasiado estáticas. No reflejan el hecho de que la luz estaba en continuo movimiento, como si persiguiera sombras.

Al otro lado del canal dormitaban los jardines amurallados de Papadopoli, donde en otros tiempos se celebraban fiestas clandestinas de máscaras en las que la luz de las antorchas transformaba en fantasmas a los asistentes, que llegaban de todos los rincones de la ciudad ocultos bajo el manto negro de la noche. La familia Papadopoli poseía la colección de arte más importante y exquisita de la ciudad. La mismísima belleza se moría de envidia en sus fiestas de gala, mientras daba vueltas al ritmo de los vales que interpretaba la orquesta. Todo lo que hubo en otro tiempo seguía estando allí. Y todo seguía en el terreno de lo incógnito.

En Campo dei Tolentini, plaza presidida por las columnas de mármol de la fachada neoclásica de la iglesia de San Nicolás de Tolentino, donde las terrazas ya estaban puestas, tenía que seguir recto. Luego, a la altura del puente que conducía a Cereria Dorsoduro, había que girar de nuevo a la izquierda para tomar fundamenta Minotto, la calle paralela al canal del Magazen. Al doblar la esquina se ofrecía a la vista un panorama de refinada elegancia. Al fondo del canal, puntuado con sencillos postes de amarre de madera blanquecina, se recortaba el sutil arco del puente del Gafaro contra la vieja fachada rosa de un *palazzo* de poca altura con siete ventanas ojivales enmarcadas en mármol blanco. Al fondo, entre los tejados de las casas, asomaba el campanario de una iglesia.

En aquel punto, la calle se convertía en la salizada San